

## RECENSIONES

Dawe, Oliver 1988. *Piedras de Afilar*. The unfulfilled dream of a 19th-century scottish botanist in South America. Charles Skilton Ltd., Scotland. 167 páginas, 1 mapa.

El autor del libro "Piedras de Afilar" es el señor Oliver Dawe, casado con una biznieta de Annie Jane Fraser, una de las herederas del extenso campo conocido con ese nombre, situado entre los ríos Atuel y Diamante, y que fuera propiedad de John Gillies.

Cartas y documentos que habían pertenecido, entre otros, a Héctor y Annie Innes, herederos de Gillies, permanecieron por muchos años en una caja de lata, en la finca El Peral, en Tupungato, propiedad de Walter James Innes. El acceso que el autor tuvo a esos documentos hizo que investigara sobre ellos, lo cual lo llevó a leer cartas de Gillies a Hooker, depositadas en el Royal Botanical Gardens, Kew, y a consultar numerosas fuentes. El resultado de ese arduo trabajo es este interesante libro.

La obra presenta dos partes: la primera, hasta el capítulo 11, es la que nos interesa particularmente pues el resto de los capítulos es sólo la relación de las tratativas judiciales de los herederos por la posesión de las propiedades que Gillies dejara en Mendoza, sin ninguna relación con las actividades botánicas del mismo, aunque sirven para dar una idea de la historia de la ocupación del sur mendocino.

John Gillies nació en Orkney en 1792. A los 14 años ingresó a la Universidad de Edinburgo y en 1811 se incorporó como cirujano al Hospital Naval de Haslar, cerca de Portsmouth, trabajando como tal hasta 1816. Vuelto a Orkney como médico, comenzó su actividad botánica participando en la Flora Orcadensis. Una enfermedad de sus ojos disminuyó mucho su visión y a éste se agregó la turberculosis que causaría su muerte 15 años después. Por recomendación médica decidió buscar un clima favorable para su salud y eligió viajar a Sudamérica. Antes de partir prometió enviar plantas a Joseph Banks, entonces Presidente de la Royal Society, y a Hooker. Este le pidió que le diera preferencia en el envío de especímenes y se comprometió a ser su consejero en materia botánica.

Con la idea de radicarse en Chile, zarpó hacia el Río de la Plata en Marzo de 1820. Coleccionó plantas en Montevideo y en Buenos Aires, a donde llegó a fines de Mayo. En Buenos Aires conoció y trató a Bonpland, para quien tenía una carta de recomendación de Robert Brown.

En octubre de 1820 llegó a Mendoza, luego de un viaje a caballo que duró 4 semanas, herborizando durante la travesía. Decidió radicarse en Mendoza, para lo cual adquirió una casa donde poder depositar sus colecciones de plantas y de insectos. Se había propuesto estudiar la flora de esa región, hasta entonces desconocida, y así comenzó una intensa actividad de viajes de recolección y una nutrida correspondencia con sus colegas europeos.

En 1821 fue a Chile, viaje que repitió en 1824 por el Paso del Portillo. En 1825 recorrió el Valle de Uspallata, en 1826 volvió a Chile, también por El Portillo, y en 1827 fue a tierra de indios, al sur del río Diamante, pasando a Chile por el Paso del Planchón y volviendo por el de Damas, explorando en este viaje el territorio chileno de Curicó y el de Talca. A estos viajes se sumaron las numerosas excursiones que efectuó en los alrededores de Mendoza.

No era Gillies un mero coleccionista. Los ejemplares que enviaba a Hooker, que fueron muchos, iban acompañados de la descripción de los mismos, de los lugares en

donde crecían y su altitud. En su viaje a Chile, en 1821, tomó observaciones barométricas desde Mendoza hasta el Océano Pacífico, datos que tabulados fueron presentados, más tarde, en la Wernerian Natural History Society de Edinburgo.

Gillies envió semillas de plantas mendocinas a Wallich, entonces Director del Jardín Botánico de Calcuta, pidiéndole, en retribución, semillas de especies que pudieran crecer en Mendoza.

Fue notable su labor educativa. Tuvo activa participación en la Sociedad Lancasteriana de Mendoza, de la que fue uno de sus fundadores, colaboró conjuntamente con el General San Martín en la fundación de la Biblioteca Pública, editó los textos escolares de las escuelas que el mismo dirigía, etc.

A principios de 1822 se asoció con Salinas, quien fuera Secretario de Simón Bolívar, que era farmacéutico, y con él y con el poeta Juan G. Godoy, establecieron una farmacia en la misma casa de Gillies. Tuvo estrecha relación con Miers quien viajó repetidas veces a Mendoza.

En Julio de 1827 resolvió volver a Inglaterra con el fin de estudiar sus colecciones y publicarlas, pensando regresar después a Mendoza. Desembarcó en Falmouth en Agosto de 1828 con sus colecciones, entre ellas muchas cactáceas y bromeliáceas vivas. Llevaba también las colecciones y dibujos que hiciera Miers para entregar a Hooker.

Mantuvo una activa relación con Hooker, Arnott, Bentham, Lambert, Brown, etc. y se abocó a la tarea de describir el material que llevaba. Solicitaba el derecho a proponer los nombres de las nuevas especies y a revisar las descripciones antes de su publicación.

Por otra parte su actividad fue muy intensa en otros rubros. En Diciembre de 1829 comunicó a la Sociedad Werneriana sus observaciones sobre el camino del Inca, en Mendoza. Preparó para la Enciclopedia Británica una serie de artículos sobre Bolivia, Colombia, Chile, etc. destacándose como geógrafo, arqueólogo, vulcanólogo, etc.

Vivió siempre muy modestamente, con escasos recursos, apasionado por su trabajo y siempre acosado por su cruel enfermedad. Falleció el 24 de Noviembre de 1834.

Lo que quedaba de su herbario, unas 400 plantas, se remató en subasta pública y se vendió a un comerciante londinense en 52 libras. Este revendió la mayor parte a Lambert y cuando éste vendió su herbario, pasaron al Barón Delessert. Las extensas tierras que adquirió en Mendoza con fin de colonizarlas, "Piedras de Afilar", quedaron abandonadas durante años y los planes de colonización de Gillies fueron sólo ilusiones.

Este libro está lleno de datos interesantes relacionados, no sólo con la personalidad de Gillies, sino también con las costumbres, los vaivenes políticos y las guerras que azotaron a América del Sur en aquellos años turbulentos. La obra, a pesar de su gran valor, a nuestro criterio no agota el tema. Queda aún la posibilidad de una revisión exhaustiva de las actividades botánicas de John Gillies, efectuada por un conocedor de nuestra flora con inquietud histórica, lo que nos aportaría seguramente valiosa información.

Fidel Antonio Roig